

Antonio Guzmán
Fco. Javier Gómez Espelosín
Joaquín Gómez Pantoja (edd.)

Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico

EDICIONES CLÁSICAS



MADRID

ACTITUDES ANTE LA VIDA PÚBLICA EN LA DEMOCRACIA DE ATENAS Y EN LAS NUESTRAS

Francisco Rodríguez Adrados
Universidad Complutense

Tiene interés investigar, pensamos, las actitudes ante la vida pública del hombre antiguo y su comparación con las del hombre moderno: ver en qué medida coinciden y en qué otra no. Vamos a desarrollar aquí algunas ideas sobre el tema centrándonos en la comparación de las actitudes del ciudadano ateniense de la época democrática y del de nuestras democracias contemporáneas. No sin hacer algunas generalizaciones apoyadas en sistemas democráticos de otros tiempos.

Naturalmente, las actitudes iguales o diversas tienen que ver con las semejanzas y diferencias que existen entre los regímenes políticos que conocemos con el nombre de democracia. Pero este nombre es griego, y si fue adoptado por regímenes posteriores es porque se veía, al menos, un núcleo de identidad. La democracia griega y la romana han sido, efectivamente, un modelo. Aunque, en el fondo, la raíz de los distintos regímenes democráticos está en que se refieren a sociedades en estadios evolutivos semejantes y con problemas semejantes.

Nosotros nos hemos ocupado de la democracia ateniense en una serie de publicaciones entre las que destaca nuestro libro titulado, precisamente, *La democracia ateniense*, reeditado en diversas oca-

siones a partir de 1975 y que es una versión abreviada del libro anterior (de 1966) *Ilustración y Política en la Grecia Clásica*. Sobre la base de este libro y de otras publicaciones, nuestras y ajenas, podríamos decir que el establecimiento de la democracia ateniense en una serie de etapas sucesivas (Solón, Clístenes, Temístocles, Címon, Pericles) tuvo para el pueblo ateniense una serie de significados que no son ajenos al que ha tenido el establecimiento de los regímenes democráticos en las Edades Moderna y Contemporánea. Resumamos, para empezar, esos significados.

La democracia significó en Atenas la rotura del poder de las aristocracias y de las tiranías, en busca de la dignidad y del poder del pueblo. La democracia se sintió como libertad o liberación: basta leer a Eurípides o Aristófanes para darse cuenta de ello. El permanente miedo a la instauración de regímenes dictatoriales, del signo que fuera, está unido a esa interpretación de la democracia como libertad. Esta connotación es común a autores que, como Sófocles, Heródoto y Tucídides, estaban dentro de la tradición democrática.

Como se sabe, la democracia ateniense de Clístenes y sus sucesores tuvo precedentes, en Atenas y fuera de Atenas. Hay causas económicas: los nuevos ricos querían participar del poder político, los campesinos empobrecidos se negaban a aceptar su situación. Causas militares: el pueblo que defendía la ciudad quería participar en su gobierno. Causas intelectuales, podríamos decir: frente a la idea del noble como prototipo humano superior surgió desde Hesíodo y luego en Arquíloco, Solón, los trágicos, el ideal del hombre, simplemente, que exigía la igualdad de trato y justicia.

Y la reforma económica de los tiranos, que benefició al pueblo, hizo posible y aun inevitable la democracia. Pues se aceptaba esa mejora, pero, como en tantas otras ocasiones, la mejora económica hacía apetecer la reforma política. Tras lograrse la primera, se exi-

gía, simplemente, dignidad: igualdad de derechos, participación en la vida pública.

Y esto se logró mediante la inversión de las alianzas, el pacto tácito entre el pueblo y los nobles contra los tiranos. Estos habían hecho posible la democracia, como decíamos; pero ahora sobraban ellos. La democracia era inevitable.

Se edificó sobre varias bases: la igualdad legal; una elevación de la situación económica del pueblo que hacía que a éste le resultaran tolerables las desigualdades reales; un control del poder por el mismo pueblo, a través del Consejo, la Asamblea y la Eliea, que hacía igualmente tolerable que en la práctica, durante un cierto tiempo, fueran los nobles los que siguieron ocupando los cargos relevantes; una renuncia a la revolución, más concretamente, al reparto de tierras.

Sólo dentro de unos límites comúnmente aceptados y sobre la base de un determinado nivel económico y una igualdad legal puede funcionar el sistema de autogobierno que es la democracia. Junto al sentido de la libertad, el pueblo ateniense tuvo el de la dignidad. Y el de la esperanza de una apertura, en el futuro, hacía cada vez mayor igualdad.

Efectivamente, cada vez más atenienses pudieron aspirar a los cargos públicos; cada vez se ocupó más el Estado de los menos pudientes económicamente. Se ha hablado de una socialdemocracia de Pericles. En todo caso, los sistemas de remuneración de los cargos públicos (que hacían posible el ejercicio de la política a las gentes del pueblo), la ayuda a huérfanos e inválidos, la caja de espectáculos, los programas de obras públicas, el desarrollo del comercio exterior, etc., facilitaron las cosas.

Naturalmente, ni en Atenas ni en otros lugares logró nunca la democracia un estado de equilibrio perfecto. Uno de sus problemas consistió en el que he llamado alguna vez el plano inclinado de la igualdad: algunos sectores querían llegar, en lo político y lo econó-

mico, a una igualdad cada vez mayor; otros se resistían. Hubo una tensión constante en torno a este tema. Baste recordar la revolución de Efiltes, las reformas de Pericles, su enfrentamiento a Tucídides el de Melesias, las tensiones sociales que se reflejan en las obras de Aristófanes y de Platón, entre otros. El problema es si estas tensiones eran controlables o no, si podía evitarse en Atenas que se llegara a un punto en que el acuerdo tácito se rompiera, en que sectores importantes vieran amenazados seriamente sus intereses y, de ahí, la democracia se desestabilizara.

En realidad, esto es lo que sucedió a partir de un momento: de la revolución oligárquica del 411 y los sucesivos golpes y contragolpes que terminaron en el régimen de los 30 tiranos, el 403. Nuestras democracias modernas, en cambio, han resistido con éxito presiones de este tipo. Pero es que en Atenas sólo por causa de la guerra del Peloponeso se llegó a una verdadera guerra civil y a la desestabilización de la democracia. Con esto estamos hablando ya de diferencias.

La democracia era en Grecia, por así decirlo, un régimen «caro». En las oligarquías, el aparato del Estado era mínimo; por otra parte, los nobles no regateaban el empleo de su dinero en fiestas y edificios que fueran ornato de la ciudad y, también, de ellos mismos. Hacían la política gastando dinero, no ganándolo. Pero si se quería incorporar al pueblo, de verdad, al Estado, como hizo la democracia (apoyándose en avances anteriores, en este sentido, de los tiranos), ello suponía un gasto cuantioso. Hemos hablado de las obras públicas (la construcción de los monumentos de la Acrópolis es un buen ejemplo), de los cargos retribuidos, etc.

Y de aquí, una consecuencia: que Atenas, una democracia hacia dentro, se convirtió hacia fuera en una ciudad imperial, que sacaba beneficios de su imperio. Esto trajo una doble moral, que no fue muy favorable para la democracia; aunque podamos comparar la situación de la democracia inglesa hasta muy entrado nuestro siglo, su-

fragada con los ingresos obtenidos en las colonias. Por otra parte, ese imperio le atraía a Atenas enemigos poderosos —la liga peloponesia, nada menos—, y se llegó a la guerra. Y en ella era la clase de los propietarios agrícolas la que sufría antes que ninguna, por causa de las invasiones lacedemonias del Atica. Se llegó así a una escisión dentro de la sociedad, a una guerra civil potencial, que luego se hizo efectiva.

Pero con esto anticipamos cosas: la destrucción de la democracia ateniense. Efectivamente, a una fase en que la democracia se sintió, como queda dicho, como liberación, como factor de libertad y esperanza, siguió otra en que se llegó a los enfrentamientos de clases y grupos económicos que llevaron a la desestabilización: de un modo no diferente a lo que sucedió con la república de Weimar o la Segunda República española. También en esto hay cosas que comparar: los golpes y contragolpes que acabaron con la fe en el sistema y con el sistema mismo. Y luego vino la tercera fase, de que hemos de hablar: las actitudes de los ciudadanos después del fracaso de la democracia.

Pero dejemos este tema de lado, todavía. El hecho es que tanto la creación de la democracia como su percepción por la ciudadanía en general tiene muchos rasgos comunes en la antigua Grecia y en las democracias posteriores. Si la democracia de Atenas se sintió como una liberación frente a los Pisistrátidas, la República romana lo fue frente a los Tarquinios. Y en época moderna, los sistemas liberales y democráticos se sintieron como una liberación frente al *ancien régime*, a los fascismos, al franquismo y, ahora, a los regímenes comunistas de la Europa oriental.

Siempre se siente que es el pueblo todo —incluso elementos recuperados de los antiguos regímenes— el que toma el poder en sus manos, se hace responsable, deja de ser tratado como un niño. Se prescinde de las dictaduras, benévolas o no, que tienen, aparente-

mente, una doctrina verdadera que todo lo sana, que son pretendidamente eternas.

Naturalmente, a ese pretendido Estado ideal sucedió otro que es un equilibrio precario en que se contraponen diversas fuerzas, pero dentro de ciertos límites que todas respetan; de unas reglas del juego que si se violan todo queda en riesgo. El límite puede estar plasmado en una constitución o no. En Atenas hubo una primera fase en que el límite era religioso: los dioses defendían una determinada concepción de la justicia, eran enemigos de la *hybris* o abuso. En la segunda fase, la teoría democrática establecía ese límite en la capacidad racional del hombre, capaz de acuerdo y compromiso. Es la comunidad del *logos* la que funda la democracia; y también la del respeto y la justicia, en íntima conexión con aquélla. Protágoras es el principal teórico de este punto de vista, como es bien sabido.

La democracia es liberación y dignidad e igualdad legal; pero es, a la vez, tensión constante, crisis controlada. Esto es común a nuestros sistemas y a los de los antiguos. No es que tal o cual democracia esté en crisis: es que la democracia es crisis. Otro problema es el de en qué medida el acuerdo puede mantenerse, la crisis puede dominarse dentro de ciertos límites.

Es bien claro que la economía de las modernas naciones ha hecho posible, en ellas, un progreso del que las democracias antiguas eran incapaces. Ha contribuido, con toda evidencia, a su estabilidad. Y no menos claro es que si la suerte de las armas fue adversa a la democracia de Atenas y ello contribuyó a su hundimiento en el 404 (aunque luego se mantuviera, por una cierta inercia, hasta los tiempos de Filipo), en cambio, las democracias occidentales triunfaron en la segunda guerra mundial, y ello, junto con su éxito económico y su modelo de vida, ha hecho el sistema, hoy día, el primero y casi único a escala mundial.

Estamos, con esto, hablando ya de diferencias y en ellas hay que insistir. Pueden reseñarse, aunque sea brevemente, algunas de las diferencias entre nuestras democracias y la antigua democracia de Atenas.

Es bien sabido que aquélla era una democracia directa, no representativa: hoy, ésta es imposible, por la misma dimensión de nuestras naciones, como no sea en algún resto aislado en algún cantón suizo. Ello se traduce en la existencia de partidos, y no sólo de éstos, sino de sindicatos y de toda clase de «lobbys» institucionalizados: herencia anglosajona, sin duda. Nada de esto existía en Atenas, donde había solamente movimientos de opinión centrados, desde luego, en intereses, pero también en la fuerza de las personalidades políticas. Un Pericles era capaz de hacer creer a los atenienses que eran ellos los inventores de la política que él les sugería, dice Tucídides; y el mismo historiador nos cuenta la revuelta contra Cleón, en la Asamblea, de sus propios amigos, cuando el debate sobre Pilos el año 424 a.C.

En cierto modo, nuestras democracias son, por todo esto, más estables, pero también menos fácilmente manejables; las diversas posiciones tienen, por así decirlo, defensores fijos. Por otra parte, existen instrumentos de presión que la antigua democracia de Atenas no conocía. No estaba institucionalizada la huelga, por ejemplo; tampoco las manifestaciones públicas. Todo esto viene del siglo pasado, y tiene que ver con esa institucionalización de los defensores de las diversas posiciones políticas de que hemos venido hablando.

Otros factores importantes también son nuevos. Así, la prensa y los demás medios de difusión. Así, la separación de poderes, que no existía o existía apenas. Como contrapeso encontramos —aunque no se puede generalizar— una mayor solidez del ejecutivo. En Atenas, los cargos públicos duraban un año, con excepciones en los de carácter más técnico, para los que podía haber reelección: por eso

los grandes hombres de la democracia ateniense tenían como su plataforma principal el cargo de general. Más todavía: algunos cargos eran por sorteo. Más aún: el jefe técnico del gobierno democrático de Atenas, el presidente de los prítanis, tenía un cargo de una duración de un día: hasta tal punto llegaba el temor de que alguien quisiera volver a la antigua tiranía. La lectura de Aristófanes hace ver que ese temor, que llegaba a extremos grotescos, era cosa difundida entre el pueblo.

Así, los instrumentos legales y los más o menos legales, pero tolerados, tienen más peso en nuestras democracias; pero, como contrapartida, éstas cuentan con un ejecutivo más sólido. Estas son algunas de las diferencias.

Otra diferencia, quizá más fundamental todavía, es ésta: la teoría política antigua perseguía, en términos generales, el ideal del equilibrio, no el del desarrollo indefinido, como sucede ahora. Léase, por ejemplo, a Tucídides: para él, el hombre de Estado ha de estudiar la naturaleza humana, igual que el médico, para prever, evitar, diagnosticar, curar finalmente, volviendo al estado natural.

En cuanto al progreso económico, fue evidente en Atenas hasta que la guerra acabó con él y llevó a la catástrofe. Pero nadie pensaba en él de una manera abstracta como panacea de todos los males. Un hombre como Platón, incluso, veía como más graves para la sociedad los peligros de la riqueza que los de la pobreza.

En este punto, las democracias antiguas estaban en una situación de menos riesgo que las modernas, donde todos prometen más y más y difícilmente son capaces de cumplirlo, por muy superiores que sean los medios económicos de que hoy se dispone. Se han disparado las expectativas, y esto, antes o después, trae frustración. Por lo demás, esta frustración se dio también en Atenas en el momento del declive económico motivado por la guerra.

Tiene que ver con esto el hecho de que la democracia ateniense no tuvo que convivir, como las modernas, con ideologías revolucionarias que proponían cambiar de raíz la vida humana creando una sociedad nueva, que partía de cero, y que unía los principios de la igualdad económica y de la fraternidad humana. Por no hablar de la Revolución Francesa, hay que pensar en la situación de nuestras democracias occidentales desde que, a partir de mediados del siglo pasado, hubieron de convivir con las ideologías comunistas y con las anarquistas; y hubieron, luego, de convivir durante mucho tiempo con un socialismo que sólo gradualmente se hizo democrático, abandonando las posiciones revolucionarias.

En Atenas, solamente después de la derrota del 404, en la guerra del Peloponeso, surgieron las ideologías igualitarias por obra de un Faleas y de otros ideólogos: en obras como la *República* de Platón, el *De los Ingresos* de Jenofonte, la *Asamblea de las Mujeres* de Aristófanes, por ejemplo, se ve claramente su impacto. También en novelas utopistas e idealizaciones de pueblos primitivos en autores como Teopompo, Eforo, Hecateo de Abdera, Evémero, etc. Pero no subyace a estas obras un verdadero reformismo revolucionario, salvo en el caso de Platón y del intento de exportar su sistema a Siracusa.

Existen evidentes analogías entre estas obras y las ideologías igualitarias que subyacen al pensamiento revolucionario de los siglos XIX y XX. La diferencia consiste en que en Grecia, como decimos, se trata de puras especulaciones posteriores al fracaso de la democracia, mientras que en Occidente la democracia ha estado durante mucho tiempo amenazada por todas estas ideologías. Y si es verdad que el socialismo se hizo democrático en un cierto momento y se llegó así a un sistema mixto, a una refundación de la democracia, no lo es menos que sólo en nuestros días las ideologías comunistas han sido definitivamente —parece— desplazadas.

Así, la situación de la democracia ateniense era, en cierto modo, peor que la de las nuestras: ya hemos hablado de la inferioridad de su economía y del problema de la guerra que la desestabilizó. Pero su situación era más favorable desde este otro punto de vista a que nos estamos refiriendo: no tenía que competir con ideologías revolucionarias. Sí tuvo que competir, eso sí, con regímenes dictatoriales, como el de Esparta.

No era su situación la tan precaria de las democracias occidentales durante muchos años, cuando estaban tironeadas, por así decirlo, entre los regímenes fascistas, de un lado, y los comunistas, dotados de un imperialismo potenciado por la ideología revolucionaria. Sólo había la tensión entre la democracia ateniense y el ordenancismo espartano: ambos regímenes tenían su propaganda; sus partidarios se enfrentaban también dentro de las ciudades.

Y, sin embargo, la paradoja es que la democracia ateniense, que perdió la guerra, se desestabilizó en medio de una guerra civil entre demócratas y antidemócratas, mientras que en Occidente los fascismos y regímenes dictatoriales primero, los países comunistas después, hubieron de ceder su puesto al sistema democrático. El proceso no ha culminado, pero parece preverse con seguridad.

No tiene nada de extraño que la evolución de Occidente, por diversa que sea de la griega, haya llevado por un rodeo al principio básico de todas las democracias, antiguas y modernas: a un acuerdo tácito sobre los límites que no deben rebasarse sin que un sector importante de la población sienta amenazados sus intereses vitales y prefiera la defensa de éstos a los del régimen democrático. Se ha creado una economía mixta, se han estabilizado las instituciones democráticas. Se mantiene, naturalmente, la tensión, entre los principios individualistas y conservadores, de un lado, y los sociales, del otro. Pero esto es una repetición, aproximadamente, de lo que era en sus buenos tiempos el funcionamiento de la democracia ateniense.

Así, por grandes que sean las diferencias —y hemos tratado de subrayar las más importantes—, los principios básicos de la democracia, al menos en lo que se refiere a cómo la sienten o deben sentirla los ciudadanos, son los mismos. Se trata de un régimen de autogobierno en que esos ciudadanos tienen la sensación de no ser dominados por un poder incontrolado, de que se cuenta con ellos. Y en que existe una esperanza de mejora, de igualdad creciente.

Ello, dentro de un juego de partidos que recoge las antiguas contraposiciones y tensiones, los golpes y contragolpes de la igualdad y la desigualdad, de las diferencias de énfasis en tantos y tantos puntos. Y dentro de un ambiente general —en los mejores momentos, al menos— de tolerancia, de libertad de pensamiento, de mutua ayuda entre los ciudadanos y entre éstos y el Estado. El discurso de Pericles al enterrarse los muertos del primer año de la guerra del Peloponeso, en Tucídides, y tragedias de Eurípides, como los *Heraclidas* y las *Suplicantes*, son, como se sabe, los textos clásicos que defienden este ideal.

Se trata de una sensación de que la cosa pública es cosa común, pero de que, al tiempo, los ciudadanos están implicados en un debate nacional, tomando partido. Y sintiéndose eufóricos cuando triunfan sus opiniones, deprimidos en caso contrario. La comunidad es, así, un todo vivo y actuante, hecha de contrastes. Pero sobre la base de unos principios comunes.

Este era el sentir de los demócratas atenienses mientras las circunstancias fueron favorables o, al menos, tolerables: desde la época de las guerras médicas, a mediados de los años veinte. Y éste es, sin duda, el del común de los ciudadanos en nuestras democracias, en la medida en que de un modo u otro apoyan el sistema.

Si se quiere hablar de tensiones en la democracia de Atenas, piénsese, por ejemplo, en la aprensión del Sófocles de la *Antígona* y el *Edipo Rey*, sobre todo, sobre los riesgos de un Estado todopode-

roso que se impusiera sobre la pura libertad humana y la tradición religiosa. Pues bien, ese sentir y otras oposiciones, como la que se manifiesta entre la posición de Pericles y la de Tucídides el de Melesias a propósito del uso por Atenas del tesoro de la Liga Marítima, no eran obstáculo para que Sófocles y Pericles, Pericles y Tucídides participaran con sinceridad en el mismo juego político.

Claro que las cosas comenzaron a envenenarse al final de los años treinta, cuando los procesos políticos contra Anaxágoras y Fídias, los amigos de Pericles, con hipócritas pretextos religiosos. Y luego más, cuando un Cleón practicaba una política puramente represiva contra los aliados y, en Tucídides, proclamaba principios totalmente antiliberales sobre la relación entre la palabra y el pensamiento: un claro autoritarismo, en definitiva. Más tarde, Alcibíades utilizó el juego democrático de un modo absolutamente oportunista.

Pero fue la guerra, Tucídides lo dice, la que desmoralizó a Atenas e hizo que se trastocaran todos los valores y se desatara el más completo escepticismo. Este, ciertamente, tenía sus teóricos, como Antifonte el sofista o Gorgias; pero nacía también de la práctica, de ver los horrores de las revoluciones de Corcira o de la represión de Melos. Al tiempo, la economía se hundía. Y surgían los golpes de los grupos que preferían sus intereses a un régimen que veían como una amenaza contra los mismos. Ya hemos aludido al golpe oligárquico del 411 y a los que luego siguieron.

No cabe duda de que a partir de un cierto momento la actitud de grupos numerosos de ciudadanos respecto al régimen democrático fue cambiando. Se ha señalado con frecuencia que un Eurípides, que en sus obras de los años veinte, como los *Heraclidas* y las *Suplicantes*, elogiaba la democracia liberal de Atenas, manifestaba en obras posteriores, tales las *Ifigenia en Aulide*, desengaño frente a los políticos. El Tucídides que hace pronunciar a Pericles su célebre discurso de elogio de la democracia de Atenas como régimen liberal y

humano, conciliador de la antigua virtud y el moderno individualismo, es el que pinta con trazos amargos las figuras de un Cleón y un Alcibiades. Y no hablemos de Sócrates, que chocó con los demócratas a propósito del debate de las Arginusas, el 409, y luego con los Treinta Tiranos —y finalmente con la democracia restaurada, que es la que le condenó a muerte—.

En los coros de Eurípides y en su obra en general se hace manifiesto ya un deseo de paz, de alejamiento de la cosa pública. Ya sabemos que, en un cierto momento, los ciudadanos atenienses, en general, se resistían a dejar su ocioso deambular por el ágora para subir a la Pnix, a la Asamblea; y que el año 403, perdida ya la guerra, Aguirrio hubo de establecer el salario a los participantes en la misma, a fin de garantizar un mínimo de asistencias. Es este espíritu de alejamiento el que se deja ver, en fecha posterior, en toda la Comedia Nueva, que abandonó los temas políticos de Aristófanes e introdujo los privados, en torno a temas del amor y el matrimonio. Esto era lo que interesaba, evidentemente.

Y se crearon movimientos filosóficos que propugnaron teóricamente este salirse de la vida pública: son los epicúreos, con su «vive ocultamente» y su retiro en el Jardín; los cínicos que peregrinaban con su alforja auestas; y los peripatéticos que se refugiaban en su mundo teórico y científico, aunque también teorizaran sobre la política.

Claro que otras filosofías, partiendo del principio del fracaso del régimen anterior, querían sustituirlo por otro nuevo, por un «universo de palabras», como llamaba Platón a la ciudad ideal su *República*, que querían hacer realidad. Ya hemos aludido a las nuevas ideologías y a los utopismos. Son una respuesta al fracaso de la democracia.

Y hay otras respuestas más. La tradicionalista de un Isócrates, que pretendía restaurar la antigua virtud, personificada en la democracia de Solón. Un utopismo más, aunque Isócrates no fuera tan

ciego a las necesidades de los tiempos y sugiriera un panhelenismo que vino después, traído por la mano de los reyes de Macedonia.

Y todavía tenemos, en el mismo siglo V, el intento, que se presentaba como científico, de un Tucídides, de crear una nueva política sobre la base de la naturaleza humana y de la guía de la razón. Hay que saber cómo son el hombre y la sociedad: conocer sus pasiones, sus apetencias y no ir contra ellas. Pero sí prever de qué manera, conducidas racionalmente, pueden conducir al éxito o, al menos, evitar la catástrofe.

Hubo, evidentemente, mucho desengaño en Atenas sobre las posibilidades de la democracia, a partir de un cierto momento. Esto no es argumento contra la idea de la democracia ni debe llevar a generalizaciones: pero, evidentemente, el proceso de desestabilización de una democracia es un modelo histórico que a veces se ha repetido y que lleva a posiciones de los ciudadanos que pueden clasificarse, aproximadamente, en los tipos mencionados. O alejarse o mirar el pasado con añoranza, o inventarse nuevos sistemas ajenos a los defectos que han provocado la caída.

Así, en Atenas podemos reconstruir idealmente tres posiciones sucesivas de los ciudadanos ante el régimen democrático que ellos habían fundado y que se desintegró a fines del siglo V, para ser reconstruido en el IV, aunque por un breve espacio de tiempo. Primero hay un sentimiento de liberación, de orgullo, de confianza en sí mismos, de esperanza. Luego, crisis y tensión entre concepciones distintas de la justicia, de la igualdad, de lo divino y de lo humano: pero siempre dentro de unos límites tolerables. Más tarde, enfrentamiento abierto que culmina en guerra civil; y, de resultas de ello, esas posiciones de alejamiento o de restauración tradicional y de refundación ideológica. En el caso de Platón, de refundación revolucionaria.

Tampoco estas últimas posiciones de que hablamos nos son ajenas, aunque ya hemos señalado la gran diferencia: que en el mundo

moderno las ideologías revolucionarias han sido contemporáneas de la democracia y fueron derrotadas por ésta. Pero no puede negarse que las democracias modernas, que tanto han dado, pero que han ofrecido más todavía, han traído muchas veces desilusión. Que a algunos les procuran añoranza de una restauración tradicional, más o menos fantástica, de tendencias autoritarias: los fascismos, pero no sólo ellos, pueden colocarse en esta categoría. Y que a muchos les traen alejamiento, desinterés, escepticismo: se refugian en la vida privada, en el deporte, en las artes, en la ciencia. Una vez más, aunque con diferencias, el paralelismo respecto a la Antigüedad existe.

Ahora bien, hay que insistir en que, en las ideas, la democracia ateniense llegó un momento en que no tuvo otro rival que ideas tradicionales y religiosas que, en definitiva, apuntalaban la democracia al insistir en los derechos del individuo; una oposición más radical, de tipo oligárquico, era muy minoritaria hasta que las circunstancias le abrieron el camino. Las democracias modernas, en cambio, ya lo hemos dicho, han tenido durante largos años la competencia de las ideologías igualitarias de tipo revolucionario: y no puede decirse que su victoria se haya logrado en el terreno de las ideas, en el que los hombres son difíciles de convencer. Se ha logrado en el terreno de la economía, un terreno nuevo. Pero también en uno clásico: el del deseo de libertad.

Paralelismo dentro de diferencias históricas, diferencias históricas dentro de un paralelismo; casi igualdad de ideas y situaciones: éste puede ser el panorama. Los antiguos están vivos en nosotros, por más que las circunstancias nos hagan diferentes.

Así, el estudio de las democracias antiguas y, concretamente, de la Atenas democrática del siglo V, es importante no sólo en sí mismo, sino como categoría humana general. Prescindiendo del problema de en qué medida las analogías con nuestros regímenes modernos se deben a coincidencias basadas en el paralelismo de las si-

tuaciones y en qué otra se deben a un influjo directo o indirecto, el caso es que esas analogías existen. Y que el estudio de las democracias antiguas no sólo posibilita el establecimiento de una teoría general de la democracia, sino que hace comprender mejor nuestras democracias modernas, con todas las diferencias que entre unas y otras existan.

Entre esas coincidencias está la de la actitud de los ciudadanos ante la creación de los regímenes democráticos, su historia, su eventual desintegración, sus eventuales fracasos, aunque sean parciales. Es la que hemos tratado de poner aquí de relieve, estableciendo una gradación entre esas posiciones en correlación con los diferentes momentos históricos. Y ello lo mismo dentro de una democracia que comparando unas con otras.